



Vista de Valencia. Wyngaerde, 1563.

VALENCIA Y EL MEDITERRÁNEO DURANTE LA PRIMERA VUELTA AL MUNDO

VALENCIA AND THE MEDITERRANEAN SEA DURING THE FIRST VOYAGE ROUND THE WORLD

*Fernando Arroyo Ilera**

1. INTRODUCCIÓN

El simbolismo que la expedición de Magallanes y Elcano tuvo para sus coetáneos y para las generaciones inmediatamente posteriores desdibujó el hecho de que lo más importante de la empresa fue los motivos que la impulsaron, incluso más que los resultados que se obtuvieron. En efecto, como es sabido, la circunnavegación fue una secuela no explícitamente buscada –aunque de indudable transcendencia– del deseo de la Corona por restablecer el contacto con Oriente mediante una ruta marítima que supliera a la terrestre, interrumpida por los turcos y evitara, a la vez, la circunnavegación africana controlada por los portugueses. Por ello, lo auténticamente importante de la expedición fueron las circunstancias y condiciones que la impulsaron, en una época de progreso, de creciente expansión urbana, ávida por conocer y descubrir el mundo que nos rodea y establecer relaciones comerciales: especias, seda, oro, esclavos, marfil, etc., con todos los rincones del mismo. Es en este ambiente en el que la aventura de Magallanes adquiere toda su transcendencia universal, ambiente que ahora pretendemos analizar desde la perspectiva del mundo mediterráneo y de una de las ciudades más significativas de la fachada oriental de la Península Ibérica, como era entonces la ciudad de Valencia.

* Real Sociedad Geográfica. UAM. fernando.arroyo@uam.es

Desde este punto de vista podríamos afirmar que el Renacimiento, época esencial de la Historia de la Humanidad por tantos motivos, supuso para la Geografía la toma de conciencia y la puesta en valor del territorio. Hasta entonces, este era un mero soporte neutro en el que tenían lugar los hechos sociales pero, a partir de ese momento, empieza a adquirir importancia por su valor estratégico para el Estado y la Sociedad, como fuente de riqueza y como soporte de poder. Por eso, es la época de los descubrimientos de nuevos mundos y nuevas rutas, de la circunnavegación continental o planetaria, de las primeras exploraciones más allá de las tierras conocidas, etc. Pero también lo es la de las «relaciones de pueblos y lugares» que aunque ya conocidos es ahora cuando son inventariados con precisión. También lo es la de los itinerarios, guías de caminos, medición de distancias, etc. Ejemplos los tenemos en las *Relaciones de los Pueblos de España* de Felipe II, en las *Relaciones de Indias* y en el *Repertorio de todos los caminos de España* de Villuga. Este interés por conocer y describir el territorio y sus características geográficas la explicaba así el propio secretario de Felipe II en 1578, López de Velasco, en la Instrucción que ordenaba la realización de las Relaciones de ese año: *Para la descripción e historia de los pueblos, que es lo que en esta diligencia se pretende, sin tener fin a otra cosa más de solo a saber las cosas notables y señaladas de que los pueblos se pueden honrar para la historia dellos.*

En ese territorio, hasta entonces vivido pero poco conocido, destacan los lugares de poblamiento y significativamente las ciudades, que entonces empiezan a cobrar importancia y a identificarse por notas distintivas y por su personalidad propia. El territorio durante la Edad Media había sido un continuo rural y homogéneo, en el que la ciudad no era más que una excepción, una *isla en un mar rural*, como dijera Pirenne, pero a partir de entonces empezó a ser sustituida por una incipiente trama urbana, de ciudades diversas, de diferente tamaño y con distintas funciones, articuladoras y gestoras del territorio circundante. Como ya viera Benévolo (1993: 2): *las ciudades europeas nacen con Europa y, en cierto modo, originan el nacimiento de Europa, son su razón de ser.*

Este cambio fue debido a dos factores esenciales. El primero de índole económica como fue la mejora de la coyuntura, el aumento de población y la expansión comercial, incluido el creciente comercio con América; el segundo de carácter político, debido a las aspiraciones unitarias de la monarquía, la sedentarización de la corte y el sometimiento de la nobleza a los dictados de la Monarquía autoritaria que situó su sede en las ciudades más importantes del reino. Por todo ello, las ciudades crecieron a lo largo de ese siglo, y lo hicieron más y durante más tiempo que el resto de la población. La sociedad española experimentó en los siglos finales de la Edad Media y a principios de la Moderna un importante éxodo

rural que supuso la emergencia de una nueva clase social que fue cambiando el panorama del país. Así, a mediados del siglo XVI, Valencia y Sevilla casi alcanzaban los 80.000 habitantes, Barcelona rozaba los 35.000, Valladolid, Toledo y Salamanca se movían entre 15.000 y 20.000 personas y Madrid contaba con unos 10.000, aunque crecería con rapidez en el último tercio del siglo.

Pero no fue sólo el volumen demográfico, modesto en comparación con otras ciudades europeas, sino también el cambio de forma de vida, el desarrollo de una sociedad distinta, de los gustos de una incipiente burguesía, de artesanos y literatos, de nobles, plebeyos y pícaros, de cortes y concejos. Ello supuso un cambio de los espacios referenciales urbanos que transformaron a la ciudad en protagonista literaria, en motivo iconográfico y en referente para viajeros, así como a sus imágenes en instrumento para el conocer la sociedad y el territorio de la época. Incluso la simbolización de la monarquía empezó a materializarse en la ciudad, mejor que en las imágenes de los mismos reyes, como había ocurrido hasta entonces.

Las descripciones de viajeros que visitaron España en esos años han dejado múltiples descripciones de este panorama urbano. Así, en 1512, el embajador florentino Francesco Guicciardini (2018) afirmaba: *hay algunas buenas ciudades, como Barcelona, Zaragoza, Valencia, Granada y Sevilla pero son pocas [...] las restantes son en su mayoría poblaciones pequeñas, tienen edificios muy malos y en su mayor parte de tierra*. Por su parte, Münzer (1991: 247), define la Corona de Castilla con tres adjetivos con las que caracteriza a cuatro de sus principales ciudades: *en España, Toledo es rica, Sevilla grande, Santiago fuerte y León hermosa*. Navajero (1983: 20-34), a su modo, expresa también al comparar entre sí a las tres grandes ciudades de la Corona de Aragón: *Barcelona la rica; Zaragoza la harta; Valencia la hermosa*. Para este último, *Sevilla [...] se parece más que ninguna otra de las ciudades de España a las ciudades de Italia*. Por último, Münzer establece una curiosa relación con ciudades alemanas, para indicar así el tamaño de las españolas. Así, *Sevilla es dos veces mayor que Nüremberg, Salamanca: un poco mayor que Nüremberg, Madrid: es tan grande como Biberach y Zaragoza: mucho mayor que Nüremberg*.

2. EL MEDITERRÁNEO, EL ATLÁNTICO Y LA VUELTA AL MUNDO

De todo este conjunto de las ciudades españolas de la época, las situadas a orillas del Mediterráneo se vieron afectadas, en positivo primero y negativo después, por el cambio de signo del comercio internacional, que se fue trasladando del Mediterráneo al Atlántico. En efecto, hasta la caída de Constantinopla, el Mediterráneo era la puerta de entrada de los productos orientales que

gracias a los mercaderes italianos y aragoneses llegaban a toda Europa. Después de esa fecha, los viajes de portugueses, castellanos y flamencos abrieron otras rutas más universales, de las que el viaje de Magallanes y Elcano fue el más espectacular.

Para Braudel (1987), el Mediterráneo es un espacio singular, un espacio *en movimiento*, definido por rutas, fronteras e intercambios comerciales, que se habían ido configurando a lo largo de la Baja Edad Media, sobre todo desde el viaje de Marco Polo en 1296, y en cuyas aguas coexistían la guerra y el comercio, el poder y el mercado. Las rutas ensanchaban el espacio mediterráneo en todas direcciones, especialmente hacia Oriente, de donde procedían la mayoría de los productos exóticos que consumían los europeos y que llegaban al Mediterráneo por dos rutas. Una terrestre, la *de la seda*, desde el Asia Central, mediante caravanas que terminaba en Beirut y Damasco. La otra por vía marítima, conocida como la *ruta de las especias*, que desde el Golfo Pérsico y por el Mar Rojo, terminaba en Alejandría. Otra ruta menos importante procedía de África, por la costa occidental desde Guinea, por donde llegaba marfil y oro, y también esclavos, como ya viera Verlinden.

Genoveses y venecianos controlaban este comercio gracias a sus factorías en Damasco, Beirut, Trípoli, Chipre y Alejandría, desde donde llevaban los productos a sus ciudades originarias para reexportarlas a toda Europa. Para ello había dos rutas principales: una por el Rin-Ródano y el Mosa, que iba a los Países Bajos, y en la que había aparecido las Ferias de Champaña en el siglo XIII y las Ferias de Lyon en el XV. La otra ruta iba por los Alpes a las ciudades alemanas del Báltico y del Mar del Norte, donde enlazaba con la Hansa.

Los descubrimientos oceánicos supusieron un cambio radical en cuanto desplazaron este espacio estratégico hacia el Atlántico. La ruptura y sustitución del sistema de rutas fue la decadencia del Mediterráneo, con cuatro fechas emblemáticas: caída de Constantinopla en 1453, el viaje de Colón, en 1492, el de Vasco de Gama en 1498, y el de Magallanes en 1522. Así, en 1504 las galeras venecianas volvieron vacías de Beirut y Alejandría, por vez primera en su historia, lo que indicaba que dicho desplazamiento hacia el Atlántico era ya efectivo y que el control del comercio por parte de holandeses e ingleses empezaba a dar sus frutos. Lisboa, Sevilla y Amberes desplazaron a las ciudades mediterráneas y los mercaderes flamencos y franceses a los genoveses y venecianos.

Desde finales del siglo XIII, la Corona de Aragón empezó a disputar ese comercio a los italianos, desde Sicilia, con la intervención en Acre. Pero la expansión mediterránea de los súbditos de dicha Corona, en conflicto con los Anjou, fue una operación en la que el poder político de catalanes y aragoneses quedó sometido al control y a los intereses económicos de los italianos del norte, de

forma que la Corona aragonesa fue en cierta manera colonizada económicamente por las ciudades y territorios italianos a las que iba controlando política y militarmente. Buena prueba de ello fueron las transformaciones institucionales y mercantiles que se fueron produciendo en algunos territorios de dicha Corona, por influencia de lo que ya venía ocurriendo en Italia desde años antes. Así, el estatuto comercial de Sicilia, que giraba en torno al Consulado del Mar, instituido en dicha isla en 1250, pasó a Valencia en 1283, a Mallorca en 1343 y Barcelona en 1347. De la misma forma, hay que citar la instalación de lonjas y bancos (*taulas de canvis*), en las principales ciudades de la Corona. Otra evidencia a este respecto fue la especialización de ciertas áreas rurales en cultivos de exportación, confiando el abastecimiento de propias ciudades a importaciones de zonas lejanas. Así, la huerta de Valencia, al igual que había ocurrido en la Toscana, se dedicó a cultivos comerciales en detrimento de los de subsistencia, obligando a la importación de trigo de Sicilia, Granada, Norte de África y Castilla y a su almacenamiento en un edificio expreso (El Almodí), todavía en pie en el centro de la ciudad. Ello explica la contradicción de que, por un lado, se promulgaran medidas proteccionistas frente a los mercaderes extranjeros que, por otro, eran los responsables en gran medida del esplendor del Cuatrocientos valenciano.

Pero no se trataba de un caso aislado, sino en una prueba más de que el modelo mediterráneo, propio de la Baja Edad Media había alcanzado el máximo de sus posibilidades y se veía cada vez más afectado por el desplazamiento atlántico de los centros del poder económico y político. Samir Amin (1989: 6,7), comparando esa situación con la del mundo moderno, lo explica así: *Algunos de los caracteres del capitalismo moderno aparecen en las ciudades italianas de los siglos XII al XV, hasta el punto que en este «sistema mediterráneo» podemos ver el precursor del «sistema mundo» del capitalismo moderno*. Para dicho autor, con el Renacimiento se invierte las relaciones entre poder y riqueza pues, hasta entonces, esta había dependido siempre de aquel. Pero a partir de los tiempos modernos la riqueza económica definirá el contenido del poder político, de forma que cuando esta se desplace hacia el Atlántico como consecuencia de la dinámica comercial que venimos analizando, lo harán también los centros de poder y de influencia política, convirtiendo al Mediterráneo en su primera periferia. De forma que este mar y las tierras que lo bordean dejaron de pertenecer a sus ribereños y se convirtieron en frontera geoestratégica, vital para los intereses de los centros hegemónicos anglosajones y de la Europa del Noroeste. Como ya señalara Pierre Chaunu, entre 1434, en el que Gil Eanes dobla el cabo Bojador y 1522 con la vuelta al mundo y acontecimientos posteriores se produce el «desenclavement de l'Europe», que para dicho autor es la Europa del Noroeste, no la mediterránea.

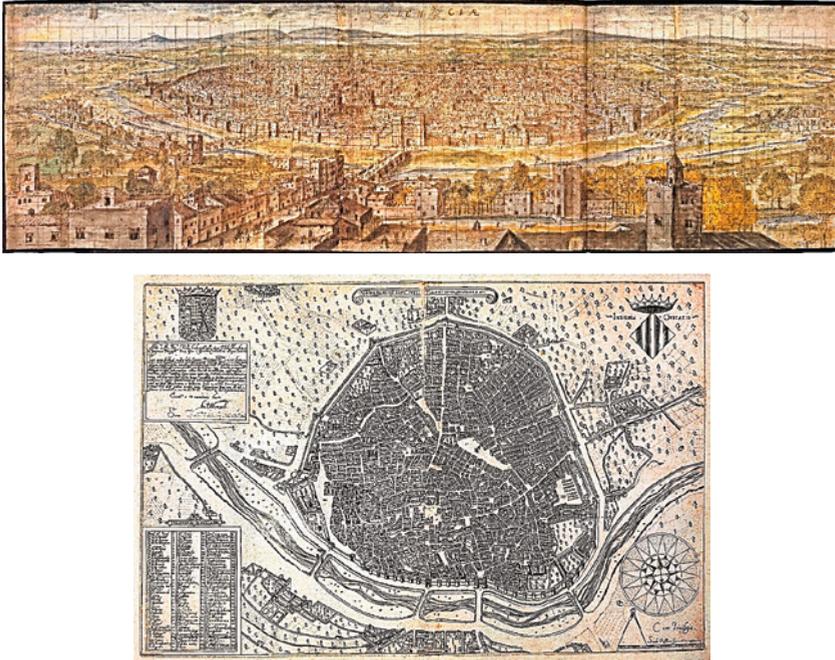


Figura 1. La imagen de Valencia en el siglo XVI. *Arriba.* Vista de Valencia de Anton van der Wyngaerde (1563) Fachada característica desde el norte, con el cami de Morvedre y el puente y Puerta de Serranos. Espléndida vista oblicua de la ciudad a finales de su siglo de Oro. *Abajo.* Mapa de Valencia de Antonio Mancelli (1608) un año antes de la expulsión de los moriscos. Es el plano impreso más antiguo, con una escala aproximada de 1:4.500.

3. VALENCIA, PRINCIPAL CIUDAD MEDITERRÁNEA DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

Pero antes de que los viajes y las exploraciones citadas, especialmente la circunnavegación de Magallanes y Elcano, desplazaran al Atlántico el centro neurálgico del comercio mundial, la situación era muy diferente. Por lo que respecta a la fachada oriental de la Península Ibérica, dos ciudades mediterráneas de la Corona de Aragón: Barcelona y Valencia, representaban las posibilidades y las contradicciones, a la vez, de todo este espacio marítimo. Ambas eran las principales ciudades de la Corona cuya influencia y notoriedad superaba los límites de sus respectivas regiones, como lo demuestran algunas conocidas citas literarias. Así, de Barcelona dijo Cervantes en las *Dos doncellas: la estimaron por flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España*, y de Valencia en el Persiles (III. 12) *la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de sus contornos*.

Pero, en este caso, lo lírico encubre el antagonismo y competencia existentes entre ambas ciudades desde el siglo anterior, por la primacía política y social de la Corona de Aragón. Así, Barcelona arrastraba una aguda crisis desde mediados del xv tanto por motivos económicos, como sobre todo políticos, como fue la guerra de Juan II y el príncipe de Viana, que supuso un duro enfrentamiento civil y el inicio de su decadencia, como decía Münzer en 1494 (1991: 7): *hace cuarenta años Barcelona estaba en su máximo florecimiento [pero] el pueblo se levantó contra los señores de la ciudad [...] huyeron los más ricos [...] Desde entonces el comercio declinó hacia Valencia, emporio de España. Ahora Barcelona está casi muerta comparándola con su primitivo estado.*

Por el contrario, Valencia iniciaba entonces una de las etapas más fértiles de su historia, el llamado «siglo de Oro», por Hamilton y Pierre Vilar o «esplendor flamígero» por Sanchis Guarner, que marcó el futuro de la ciudad y del reino. De Valencia decía el mismo Münzer: *los mercaderes [catalanes] se refugiaron en Valencia, cabeza hoy del comercio [...] están edificando allí una casa magnífica, que llaman Lonja [...] cercano al mercado grande y al peso* (1991: 59). Y remataba más adelante que a finales del siglo xv Valencia (1991: 39) era *mucho mayor que Barcelona*. En esta misma línea, el embajador Navajero (1983) atribuía en 1525 el ocaso de Barcelona a que *hacen pagar grandísimos derechos por todos los géneros y cosas*, por lo que su puerto estaba en ruinas.

Este esplendor económico y cultural de la ciudad de Valencia durante el siglo xv y principios del xvi ha suscitado un debate historiográfico, con cierto matiz ideológico, sobre su origen y naturaleza y la influencia que tuvo en la configuración de toda la región valenciana e incluso en la misma identidad del pueblo valenciano. Así, para unos, la expansión valenciana es herencia y continuación de la catalana, un simple desplazamiento hacia el sur de las condiciones que habían generado el desarrollo de Barcelona desde finales del siglo xiv y principios del xv. Esta fue la posición oficialmente mantenida por el catalanismo romántico que veía en esta continuidad una prueba de la personalidad catalana, sostenida al sur del Ebro por los partidarios de un «sucursalismo» valenciano respecto a Cataluña.

Por el contrario, para otros es todo lo contrario: una especie de revancha sobre la *Barcelona decrepita y rebelde*, debida a la mayor coherencia y lealtad de los valencianos respecto a la Corona, en similares circunstancias políticas y económicas. Seguramente ni lo uno ni lo otro, pues no se trata de herencias ni de revanchas, posiciones que son consecuencias de interesadas interpretaciones hechas por la historiografía posterior, sino de las capacidades que ambas ciudades tuvieron para afrontar una situación cambiante. La Corona de Aragón no era más que un conjunto de territorios independientes sólo relacionadas por la

figura del mismo monarca o señor al que pertenecían. Cada ciudad estaba dotada de bastante autonomía, cada una con su área de influencia propia, aunque tuvieran al mismo monarca. Desde el punto de vista económico y social eran unidades independientes, con diferentes posibilidades ante distintas coyunturas. Es decir, que la existencia de una confederación o incluso de un «imperio catalano-aragonés», como ha pretendido, desde antiguo, cierta escuela historiográfica catalana, no deja de ser una ficción irreal e interesada.

El impulso que influyó en ese esplendor valenciano vino de Italia, como lo evidencia otras manifestaciones culturales, artísticas y sociales, que luego analizaremos. Influencia que, en todo caso, encontró una sociedad dispuesta para el desarrollo, abierta a las nuevas modas y negocios, identificada con la vocación de la Corona de expansión mediterránea y con un área de influencia rica y activa que va a servir de base a la configuración de todo el Reino. Una identificación cruzada entre la ciudad y su territorio, de forma que, el emporio comercial de la ciudad atrajo a la población de todo el territorio valenciano, además de Italia y de otras regiones, por lo que cada vez más se convierte en la capital de dicho reino y este en su hinterland, al que concede personalidad e identidad. Por ello, el siglo xv valenciano va a ser un periodo esencial en la configuración de todo ese conjunto de tierras del Levante peninsular, comprendidas entre el Cenya y el Segura, que, por ello y desde entonces, se conocen con el mismo nombre de su principal ciudad y capital: Reino de Valencia.



Figura 2. Tres imágenes de Valencia. Arriba izquierda, PA. Beuter 1546. Desde el norte en la «Primera parte de la Crónica General de España». Derecha, Cassaus 1693. Desde el sur, viñeta del «Mapa del Reino de Valencia». Abajo, fines del siglo XVIII, desde el P. Real, que ofrece una imagen de ciudad conventual por sus campanarios.



3.1 Los condicionantes políticos, económicos y demográficos del esplendor valenciano

Sea como fuere, lo cierto es que el siglo xv fue una coyuntura favorable desde el punto de vista político, económico demográfico y cultural que convirtieron a Valencia en la «ciudad primada» de toda la Corona. Así, y en primer lugar, la expansión valenciana se vio favorecida por tres acontecimientos de indudable trascendencia histórica. El primero fue la *Guerra de la Unión*, con la que comienza una época de desarrollo de la burguesía valenciana que se había mantenido fiel al monarca frente a la nobleza unionista. Esta fidelidad de la ciudad a la Corona se volvió a poner de manifiesto en la *Guerra con Castilla*, llamada la de los *dos Pedros*, en la que la ciudad fue asediada por las tropas castellanas en varias ocasiones, recibiendo en premio el afianzamiento del favor real (construcción de una nueva muralla, concesión de privilegios, etc.) En tercer lugar, el *Compromiso de Caspe*, en el que los compromisarios valencianos, dirigidos por una personalidad tan significativa como San Vicente Ferrer, se mostraron claramente favorables a los Trastamaras, que como consecuencia de ello ciñeron la Corona, frente al conde de Urgell, defendido por los compromisarios catalanes. Por el contrario, ya en el siglo xvi, el conflicto de las Germanías, supuso el principio del cambio de signo que se confirmaría casi un siglo después con la expulsión de los moriscos.

En segundo lugar, desde el punto de vista económico, la expansión de la ciudad se vio favorecida por el desarrollo y modernización agraria de su Huerta con la intensificación de los sistemas de cultivo, especialmente de regadío: arroz, alfalfa, hortalizas y la aclimatación de productos foráneos (caña y seda), lo que mejoró el nivel alimentario, condición esencial para el desarrollo demográfico y las posibilidades de consumo, favoreciendo así el crecimiento económico. A la vez, se produjo el desarrollo de la industria textil y, sobre todo, la expansión comercial. El comercio mediterráneo, con Italia y Berbería, fue para Valencia la ocasión de su expansión y desarrollo, uno de los motores esenciales de su siglo de Oro, muy superior, en cualquier caso, a los beneficios que podrían derivarse de la crisis catalana de 1462 (Arroyo, 1970: 277).

Son varias las opiniones de coetáneos que abundan en este mismo sentido, como la del mercader florentino Amadeo Strozzi, de visita en Valencia por aquellas fechas, que en carta a su madre afirmaba: *Este mercado es más variado y barato que el de Barcelona. Aquí, madre, abundan las hortalizas y las frutas y con un solo dinero dan más naranjas de las que uno puede llevar*, y la del economista Benedeto Cotrugli, que en su tratado *Delta Mercalura e del mercante perfeto*, informa: *El reino de Valencia, por su propia naturaleza, es*

abundantísimo, y no lo digo de ahora sino según he comprendido del pasado. Y otras muchas referencias al respecto que evidencian que la Valencia de finales del siglo xv era en la práctica la capital financiera de Los Reyes Católicos (Sevillano Colom, 1957), como lo evidencia la réplica del mismo Fernando el Católico en 1494 a los jurados de Valencia que se manifestaban remisos a aportar recursos a las empresas de la Corona: *Valencia pot pagar e fer totes les galeres ab molt maior facultad [...] que no Barcelona ni Mallorques.*

Este desarrollo económico fue causa y consecuencia, a la vez, de la expansión demográfica que se produjo en la ciudad a lo largo de este siglo y que se manifestó de varias formas y en distintas circunstancias. En 1356 se construyó la nueva muralla, que englobaba una superficie de 142 ha., muy superior a la comprendida en el viejo recinto árabe y que fue llenándose de población a lo largo del s. xv gracias, no sólo, al crecimiento natural, similar al de otras ciudades y siempre sometido al freno de las mortalidades extraordinarias, sino sobre todo por la llegada de inmigrantes de muchos lugares que han quedado reflejados en los llamados *Llibres Avehinaments* (Libros de Vecinamientos), que nos proporcionan una buena imagen del origen, profesiones y circunstancias de esa inmigración. Así, a lo largo de la primera mitad del siglo xv, más del 50 % de los inmigrantes que se vecinaban en la ciudad de Valencia procedían de la misma región valenciana, lo que indica la activa relación entre la ciudad y su territorio, a la que antes nos referíamos. Poco más del 11% eran aragoneses y mucho menor el de catalanes, tan solo un 4 %, lo que de nuevo contradice la teoría de la «herencia» catalana del desarrollo valenciano. Casi un 12 % procedían de territorios y ciudades más allá de la Corona de Aragón, con un importante conjunto de italianos y de franceses del sur (Perpiñán). Labradores y mercaderes eran las profesiones más frecuentes, la primera predominaba entre los procedentes del propio país, y la segunda entre los extranjeros de más allá de las tierras valencianas: mercaderes genoveses, venecianos, lombardos, florentinos, saboyanos, alemanes, etc.

CUADRO I

Crecimiento demográfico de la ciudad de Valencia

Año	Vecinos	Coef. 4,5.	Coef. 5
1355	4729	21280	23645
1489	8840	39780	44200
1510	9879	44455	49395

Gracias a la inmigración y al saldo vegetativo positivo la ciudad alcanzó los 8.840 fuegos en 1489, según Rodrigo Pertegaz, que utilizó datos de Gaspar Eximeno. A estos habría que añadir otros 1.000 en Ruzafa y más de 2.000 en la huerta más próxima. En total, casi 12.000 fuegos, lo que con un coeficiente de 4,5-5, supondría entre 55.000 y 60.000 habitantes, como máximo. Los 15.000 fuegos y 75.000 habitantes, solo en Valencia, que sostienen otros autores parecen exagerados e innecesarios para demostrar la importancia demográfica de la ciudad y su entorno. Por ejemplo, a principios del siglo XVI, era de las ciudades más pobladas de España, superando a Sevilla con 8.000 vecinos, Barcelona con 5.750, Zaragoza, 3.230 y Palma de Mallorca, 2.950. Solo Lisboa, con unos 10.000 vecinos, se podía comparar con Valencia. Es más, sólo las principales ciudades europeas, como París, Milán, Venecia y Génova la superaban. Además, junto a la Huerta, se concentraba un cuarto de la población de todo el reino, con una densidad de 130 h/km², muy elevada para la época. Todo ello no solo quedó reflejado en las estadísticas, sino también en la conciencia que los mismos valencianos tenían de su ciudad, como se ve en el Estatuto fundacional de su Universidad, en 1499, donde se afirma que los estudiantes valencianos *puxen hoyr e aprofitar en la present ciutat la qual es mes populosa que ciutat de tota Espanya*.

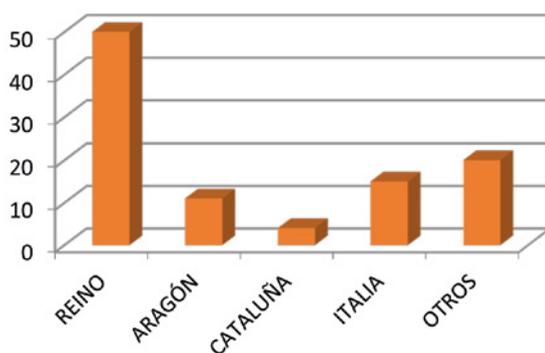


Figura 3. La inmigración. Gráfica representativa del origen de los inmigrantes a Valencia en los siglos XIV y XV, según los «Llibres de Avehinaments» (según varios autores).

3.2 El apogeo artístico y cultural

Este auge económico y demográfico de la Valencia del siglo XV fue paralelo y estuvo en íntima relación con el esplendor artístico y cultural del llama-

do Siglo de Oro, que es como normalmente se conoce al siglo xv valenciano. En efecto junto al desarrollo económico y el crecimiento demográfico, la Valencia del cuatrocientos fue escenario de un auténtico esplendor artístico y literario. Es entonces cuando se construyeron los edificios más emblemáticos de la ciudad: Torres de Serrano (1392), Micalet, Lonja (1482), Capilla de los Reyes del Convento de Sto. Domingo, etc. En pintura destacan numerosos artistas, desde Lluís Dalmau a Juan de Juanes y, sobre todo, la influencia italiana con pintores como Paolo da San Leocadio y Francesco Pagano, lo que subraya el contacto con dicha península acrecentada por los Borja o Borgia. En escultura Damián Forment. En literatura, fue la corte de Alfonso el Magnánimo, con autores como Ausias March, Rois de Corella, Isabel de Villena, Jaume Roig, Joanot Martorell, etc. que hacen que el valenciano alcanzase categoría literaria antes que el castellano y el portugués.

Pero no fue solo eso, pues en 1409, el mercedario Fray Gilabert Jofré había fundado un asilo para enfermos mentales, que puede considerarse el primer manicomio de toda Europa, aprobado poco después por Martín el Humano y Benedicto XIII y puesto bajo la advocación mariana de la Virgen de los Desamparados, destinada por ello a ser la patrona de todo el Reino. En 1474, se creaba una de las primeras imprentas de toda la Península, en la que se imprimió uno de los más antiguos incunables de toda España: *Les Trobes en lahors de la Verge María*, así como la primera traducción de la Biblia al valenciano hecha por Fray Bonifacio Ferrer. En 1492, Inocencio VIII elevaba la categoría de la sede episcopal valenciana a la categoría metropolitana, siendo el cardenal y futuro Papa, Rodrigo de Borja su primer arzobispo. Poco después, en 1500 se fundó la Universidad de Valencia bajo el nombre de *Estudi General*, mediante el acuerdo del mismo Rodrigo Borja, ya Alejandro VI, de Fernando el Católico y de los Jurados de la ciudad.

Álvaro de Santamaría se ha referido a la fascinación que la Valencia de esos años despertaba en numerosos autores, como el infante don Pedro de Portugal, que se expresaba en los siguientes términos laudatorios: *Digueren que verdaderament creien que no havia ciutat en tot lo mon como Valencia, car ells havien vist molt y tot lo restant no ere res*. En definitiva, Valencia se nos presenta a principios del siglo xvi como un referente urbano de primera magnitud, exponente de la situación de todo el reino, sobre todo de la Corona de Aragón y de la fachada mediterránea de la península. Pero fue un auténtico «canto de cisne» de una situación que estaba empezando a cambiar. No puede por menos de llamarnos la atención la coincidencia cronológica (1519-1522) entre el comienzo del ocaso de esa situación, que fueron las Germanías, con el

viaje de circunnavegación de Magallanes y Elcano, cuyo aniversario ahora conmemoramos.

Pero en el primer cuarto del siglo XVI, Valencia, la ciudad y su reino, se encontraban todavía en el cenit de un periodo de desarrollo económico y esplendor cultural que se reflejaba en la imagen de la ciudad, en el paisaje de sus alrededores, en la arquitectura de sus edificios y en la sociología de sus gentes.

4. LA CIUDAD Y SU EMPLAZAMIENTO: IMAGEN IDÍLICA EN UN PAISAJE IDEALIZADO

Para la mayoría de los viajeros que visitaron Valencia en aquella época, la primera nota que les llamaba la atención era el de su emplazamiento, ceñida por el río y en medio de la huerta, hasta el punto de difuminar los caracteres de la misma ciudad, como dijera B. de Rogatis años después, en 1674: *Envuelta en huertas por su parte de poniente parece más un jardín que una ciudad amurallada* (García Mercadal, 1999) Se trata, en efecto, del centro de una amplia llanura aluvial de gran fertilidad, que siempre ha llamado la atención, pero más en el pasado que hoy día. *Valencia se encuentra situada en una muy grande y hermosísima llanura*, continúa el mismo autor, que compara a dicha llanura urbana con las de Milán y Colonia, *rodeada de montañas excepto por el mar, regada por los ríos canalizados*.



Figura 4. La Huerta de Valencia y sus paisajes. *Arriba izquierda:* Azud de la acequia de Moncada del siglo XVI. *Arriba derecha:* Alquería del Moro, siglo XIV en la Huerta Norte, después de su restauración. *Abajo izquierda:* Vista de la Albufera por A. van den Wyngaerde. *Abajo derecha:* Las Atarazanas en los Poblados marítimos, también restaurados y convertidas en espacio para exposiciones.

4.1 El espacio suburbano: la Huerta, la Albufera y el Grao

Esta huerta, con sus campos, caminos, acequias y alquerías forman un continuo con la ciudad más allá del tópic. Espacio geográfico específico y particular, sin el que no se entiende la ciudad y a la inversa, y que es un ejemplo de las relaciones ciudad-campo, desde la antigüedad en el que el agua, acequias y prácticas de riego constituyen un elemento definitorio, junto a su elevada densidad y su poblamiento característico: población concentrada con importante dispersión intercalar. Grandes pueblos periféricos, tanto más grandes cuanto más alejados de la ciudad y, a la inversa, una población dispersa más densa en las cercanías de la ciudad que en la orla exterior de la Huerta. En total, los censos de la época mencionan unas cincuenta entidades singulares de población, agrupadas bajo diferentes nombres, como: *viles, lochs, camis, alquerías, tendetes, tavernes, ors, molis, almodí, rajolar, forns, alfondech*, etc. que se refieren a las diferentes funciones que desempeñaban (Cuadro II). Entre todas ellas, la alquería es la forma de poblamiento más representativa: una explotación de tamaño medio o grande, propiedad, por lo general, de un hidalgo que vivía en Valencia y que arrendaba su explotación (Arroyo, 1986). Así veía Antoine de Lalaing este paisaje a principios del siglo XVI: *Sus pueblos y huertas de los más hermosos que puedan verse*.

CUADRO II

Distribución de la densidad en la huerta de Valencia entre 1420-1430, según el impuesto del Morabati

Zonas.	Entidades que integra	Densidad Aprox.
Arrabal norte.	Cami S. Julia, Cami S. Antoni, En Orriols, Benimaclet, Zaidia, Marchalenes, Benicalap, Campanar, etc.	150 h/km ²
Arrabal oeste.	Cami y Portal Quart, Orta y Ptda. Soterna, Portal Coixo, Sta. Celestina, Portal y Cami Torrent, Portal dels Tins.	120 h/km ²
Arrabal sur.	Cami S. Vicent, Cami Picassent, Ptda. S. Jordi, Cami de Mallilla.	60 h/km ²
Arrabal este-sureste.	Cami de la Mar, Russafa, Barraques de Conqua.	90 h/km ²
Huerta norte.	El Puig, Massamagrell, Museros, Masalfassar, Meliana, Albuixech, etc.	40 h/km ²
Huerta noroeste.	Alfara, Moncada, Carpesa, Borbotó, Massarrochos, Godella, Burjasot, etc.	50 h/km ²
Huerta sur.	Torrente, Picanya, Silla, Chirivella, Massanassa, Alfafar, Vistabella, Sedaví.	30 h/km ²

Fuente: Arroyo (1986).

Pero lo más significativo desde el punto de vista paisajístico es que caminos, partidas y campos de cultivo de la Huerta, eran una prolongación de la ciudad, con la que existían frecuentes intercambios: la ciudad y lo urbano se prolongaba en los caminos y alquerías que los jalonaban más allá de las murallas. Y a la inversa el campo penetraba en la ciudad mediante numerosos huertos urbanos. Un espacio suburbano sin el que no es posible entender el resto del conjunto de la ciudad, hasta el punto de que es difícil saber si es la Huerta la que condiciona a la ciudad o esta la que rige y ordena a la Huerta. Además, en este espacio singular entorno a la ciudad existían otros dos lugares emblemáticos con dos funciones específicas: la Albufera que ya llamó la atención de Wyngaerde y el puerto o Grao, con los poblados marítimos, que en aquel entonces eran preferentemente pesqueros, en los que se levantaban las atarazanas, con toda la proyección exterior que ello conlleva.



Figura 5. El espacio periurbano. *Arriba izquierda:* las Torres de Serranos, uno de los edificios emblemáticos de la ciudad. *Derecha:* puente y puerta de San José, también llamada Portal Nou, derribada con el resto de la muralla en 1868. *Izquierda:* dos cruces de término que marcaban el límite de la contribución de la ciudad en los principales caminos. La del camí de Morvedre a la izquierda y la del de Xàtiva a la derecha.

4.2 Las murallas y el espacio periurbano: puertas, puentes, caminos y otros lugares representativos

En el centro de este conjunto, la ciudad, compacta, representada por sus murallas y las puertas principales que han configurado las numerosas vistas que de Valencia se han hecho a lo largo de la historia. El trazado del recinto amurallado de 1356 confiere a la ciudad un plano redondeado, más bien elip-

soide, sin duda por razones defensivas que llamó la atención de algunos de sus visitantes. *Es la ciudad casi redonda y su perímetro es tan grande que en una hora difícilmente se le puede rodear* (Hendrick Cock). *Su forma es casi redonda, cerrada por bellas murallas* (Jouvin).

La belleza de esas murallas a la que se refiere Jouvin era debida más a algunas puertas de gran envergadura y bella factura que a la muralla propiamente dicha. Tres de esas puertas, las de Roterros, Catalanes y Nueva, se abrían en el lienzo de la muralla árabe que se había incorporado a la cristiana y que más tarde serían reconstruidas. Además de las puertas de Serrano y de Quarte, las más monumentales, que por ello persisten como símbolos de la ciudad hasta nuestros días, estaban las de los Catalanes o de la Trinidad, enfrente del convento del mismo nombre en el camino de Alboraya. Luego tras la Torre de El Temple estaba la Puerta del Real, también llamada del Temple o del Cid que conducía al Palacio. Más allá, donde el perímetro tuerce tras la Torre del Baluarte, se abría la Puerta del Mar, antes de la Xerea. A continuación, el *Portal dels Jueus* que comunicaba con la Judería, la Puerta de Ruzafa, que daba paso al camino del mismo nombre que comunicaba con este característico núcleo de población de la Huerta. Al otro extremo de la de Serranos, se abría el Portal de San Vicente, mirando al Sur, junto a la iglesia y convento de San Agustín. Más allá se sucedían el Portal de Torrent, el del Coixo o de los Tintes y el Portal Nuevo o de Santa Cruz, parecida a la de Quart por sus dos torres semicirculares. Desde allí hasta Serranos se levantaban siete torreones de carácter defensivo que configuraban el paisaje de esta fachada septentrional de la ciudad.

Alrededor de la muralla se abría el *Vall Maior*, excavación de unos 40 palmos para desagüe urbano, que enlazaba con el *Vall Menor* que cumplía la misma función en la muralla árabe. Era un sistema similar al de otras ciudades, como describe Münzer para Barcelona que tiene *en su mayor parte y en las plazas más frecuentadas cañerías y canales subterráneos con agua, de manera que toda la inmundicia de las cocinas y cloacas por allí van a parar al mar [...] son semejantes a las de Nápoles y Pavía [...] y a las de Valencia, principal población de España.*

Un tercer elemento de gran transcendencia funcional y paisajística eran los puentes sobre el río Turia, auténticos protagonistas de la ciudad no sólo por su función, sino también por sus constantes construcción, destrucción y reconstrucción debido a sucesivas avenidas del río. Los más importantes se correspondía con algunas de las puertas citadas o con algún paraje o edificio próximo. Así el puente Nuevo, el de Serranos, el de la Trinitat, del Real, del Mar, etc. Eran de piedras o de madera según época y circunstancias. Lope de

Vega en *El peregrino en su patria*, describe cuando el protagonista llega a la noble ciudad de Valencia, entrando por su famoso puente del Real sobre el Turia [...] pasando por la famosa torre de Serranos¹.

Por los puentes y desde las puertas cruzaban los caminos que eran como los ejes que organizaban el poblamiento de la Huerta, sobre todo en este espacio periurbano. Hacia el norte, desde la Puerta y el puente de Serranos partía el *Cami Reial de Morvedre*, el que mejor perspectiva ofrece en Wijngaerde, que en esa vista aparece jalonado por algunas construcciones importantes como la Torre de la Unión y la Casa de Don Berenger, formando casi una ciudad en pequeño. Al sur, desde la Puerta de San Vicente, el *Cami Reial de Xativa*, jalonado por los conventos de San Agustín y Jerusalén y por San Vicente de la Roqueta al otro lado de la muralla. De las Torres de Cuarte, hacia el Oeste, partía el *Cami Reial de Quarte*, que conducía a dicha población y hacia el Este el *Cami de Ruzafa* y el *Cami del Grau*. En todos ellos, una Cruz de Término señalaba el límite de la jurisdicción de la ciudad.

En este vasto espacio que rodeaba a la ciudad y definía su paisaje hay que citar también algunos lugares emblemáticos, como el Palacio Real, el Prado de la Alameda, los conventos de la *Zaidia*, la *Trinitat* y, más alejado, el de San Miguel de los Reyes, además de las numerosas casas señoriales con sus espléndidos jardines y huertas.

5. EL CONJUNTO URBANO

En el interior de ese recinto amurallado y ceñido por su perímetro defensivo se encontraba el conjunto urbano de la ciudad propiamente dicha: un conglomerado de casas, calles, iglesias, plazas, palacios y otros edificios diversos, agrupados en barrios, parroquias y arrabales, en el que vivía una población abigarrada y en el que se asentaba una burguesía cada vez más próspera, principal seña de identidad de la Valencia del siglo xv y primer cuarto del xvi.

Este proceso de desarrollo urbano se inicia con la construcción del nuevo recinto amurallado en 1356 lo que supuso profundas transformaciones, tanto en el viejo sector árabe como en los nuevos espacios incorporados a la ciudad. Por ello, la traza urbana de la Valencia del xvi puede definirse por la superposición del urbanismo de musulmán con el renacentista y barroco. El trazado

¹ Aquí Lope se equivoca, pues si el protagonista entra por el Puente del Real no debería pasar por las Torres de Serrano.

islámico predominaba en los arrabales de la Xerea, al Este, de la Boatella, al Sur y de Roterós y Morería al Oeste, además de en la Alcaicería y la Mancebía, etc. todos ellos englobados por la muralla del siglo XIV, pero conservando ese carácter confuso y denso propios del urbanismo islámico que caracterizó a gran parte de la ciudad durante mucho tiempo.

Sobre esta trama, las nuevas tendencias de la ciudad cristiana se orientaban más hacia un urbanismo espectacular y escenográfico, con calles y plazas más rectas y amplias, eliminando los callejones sin salida (*atzucacs*), tan característicos de las ciudades musulmanas, para facilitar así el tráfico y cubriendo las deficiencias y suciedades con espacios grandiosos y teatrales. Para ello se construyeron edificios suntuosos, tanto civiles como religiosos, que actuaban como referentes del nuevo paisaje urbano.

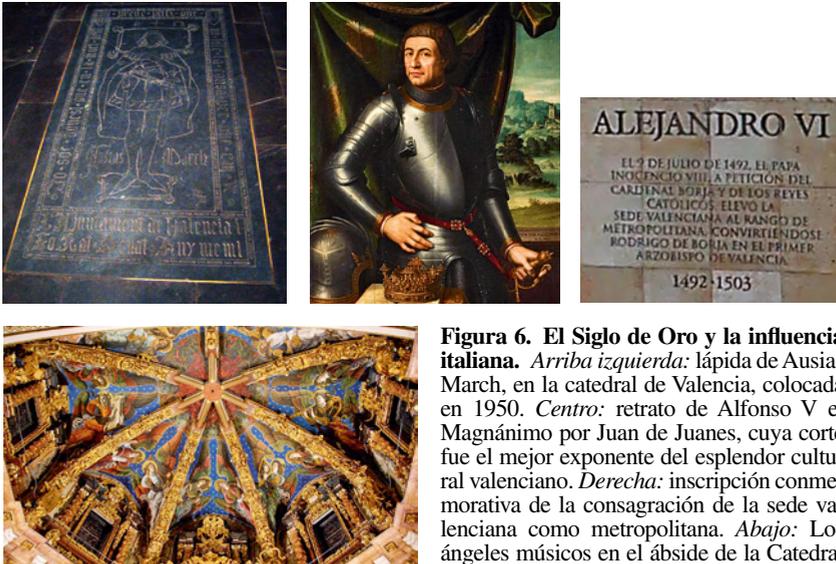


Figura 6. El Siglo de Oro y la influencia italiana. Arriba izquierda: lápida de Ausias March, en la catedral de Valencia, colocada en 1950. Centro: retrato de Alfonso V el Magnánimo por Juan de Juanes, cuya corte fue el mejor exponente del esplendor cultural valenciano. Derecha: inscripción conmemorativa de la consagración de la sede valenciana como metropolitana. Abajo: Los ángeles músicos en el ábside de la Catedral de Valencia. Pinturas de los florentinos Paolo de San Leocadio y Francesco Pagano, contratados por Rodrigo de Borja, primer arzobispo de Valencia.

5.1 La arquitectura y el paisaje de la ciudad

Diversos autores critican la endeblez de algunas construcciones de las casas y la falta de empedrado de muchas calles, que, a sus ojos contrastaban con la belleza de los alrededores. Así *Des Essarts* en 1660 decía: *Las calles de*

Valencia son estrechas y las casas mal construidas. Mucho más bonitas son los contornos de la ciudad, donde hay multitud de jardines, lo que corroboraba Joly, cuatro años después: *Las calles son estrechas y no están empedradas, sin particularidades arquitectónicas*. Este mismo autor subrayaba una peculiaridad de las casas mediterráneas que sin duda le llamó la atención como era el hecho de que: *las casas no tienen tejados, sino terrados*. Sin embargo, en las imágenes de Wijngaerde de un siglo antes se puede apreciar muchas casas con tejados a dos aguas y caballete paralelo fachada. Otro hecho distintivo de la ciudad eran los espacios abiertos, con huertos intercalados entre las casas, a parte los existentes en los patios de los conventos, que daban la impresión, como decíamos antes, de que la huerta penetraba en el recinto urbano.

Como toda ciudad europea entre el Renacimiento y el Barroco, el perfil urbano de Valencia estaba también definido por los numerosos edificios eclesiásticos que caracterizaban su paisaje. En primer lugar, las doce parroquias en que se dividía la feligresía valenciana de la época, y una más extramuros, la de San Valero, junto a Ruzafa. Algunas habían sido antiguas mezquitas antes de la reconquista (Santa María, San Andrés o San Miguel), las restantes eran construcciones góticas, de los siglos XIV y XV que en su mayoría fueron luego profundamente transformadas en el XVI con recubrimientos renacentistas y barrocos. Además, destacaba sobre todas ellas la Seo-catedral, construida sobre una antigua mezquita que, a su vez lo había sido sobre la primitiva basílica romana y la iglesia paleocristiana, es decir en pleno Foro de la ciudad romana. Había otros numerosos conventos, como los de San Agustín, Hospitalarios, Templarios Carmelitas (El Carmen) etc. Los numerosos campanarios se destacaban sobre la horizontalidad del perfil de la ciudad, dándole una cierta imagen conventual.

Junto a los edificios religiosos, los asistenciales suponían otro elemento esencial en el paisaje urbano. Aparte del Hospital General, al lado del convento de San Agustín, había otros varios a extramuros además del primer manicomio de Europa del mercedario Fray Gilaberto Jofre. Asimismo, entre los edificios públicos, la Casa de la Ciudad, junto al Micalet, la Generalitat, el Almodí, la Lonja, la Universidad, la Casa de Armas o Ciudadela, etc. Capítulo esencial eran las numerosas casas señoriales, que jalonaban algunas de las principales calles de la ciudad, como la de Caballeros, de Serranos o del Mar. La mayoría responden a un modelo característico de casona mediterránea, de estilo gótico catalán, con un toque italianizante y un recuerdo musulmán: patio interior con vegetación, fuentes y azulejos, del que arranca una escalera monumental. La casa es de buena construcción y se abre al exterior en una puerta medio punto decorada y ventanas geminadas. En su parte trasera solía

haber huerto. De nuevo es Jouvin quien nos ha dejado constancia de las numerosas casas de este tipo: *Se podría decir que en Valencia hay tantos palacios como casas*: Palacio del Conde de Cocentaina, de los Cervelló, del Obispo de Segorbe, del marqués de Dos Aguas, del Duque de Gandía (Palacio de Benicarlo), del Marqués de Malferit, etcétera.

5.2 El urbanismo y la organización administrativa de la ciudad

La ciudad y su entorno se dividía en trece parroquias, que cumplían una triple misión: religiosa, administrativa y delimitación social, cuyos caracteres principales desde el punto de vista social y urbano hemos resumido en el cuadro II. El tejido urbano se organizaba en plazas y calles. La plaza como lugar de reunión, manifestación y expresión colectiva, la calle como instrumento de comunicación y articulación del espacio urbano. Así, para Covarrubias (Tesoro de la lengua castellana), la plaza es «lugar a donde concurrían para ver los juegos y los espectáculos», definiendo así la tradicional la plaza castellana, muy diferente por su estructura a la mediterránea y a la de Valencia, pero no tanto por su función. Así podemos citar algunos ejemplos característicos de plazas que desempeñaban ese cometido en la Valencia de la época. La principal era la Plaza del Mercado, centro cívico y lugar emblemático de representaciones y de las ejecuciones. Originariamente era un espacio abierto, extramuros del recinto árabe, reservado desde antiguo como mercado, que conservó dicha función tras la conquista y la construcción de la nueva muralla. Flanqueada por varios edificios emblemáticos como la Lonja, el convento dominico de Santa Magdalena y San Juan del Mercado. En el centro se levantaba el patíbulo. La Plaza de Predicadores (actual plaza de Tetuán), cerrada por la Puerta del Mar y el convento Santo Domingo, a donde llegaban troncos para las atarazanas, a través de una acequia derivada del río. Otras plazas, la de la Seo, la del Temple y la del Portal Nou.

El resto de la ciudad eran un conjunto abigarrado de casas y callejuelas, en el que se abrían algunos espacios rectilíneos, calles principales o mayores. El caso más representativo era el de la calle de las Barcas o del Mar, desde la plaza de Predicadores a la del Bisbe, que hacía las funciones de calle mayor. Otras calles que cumplían similares funciones eran las de Serranos que daba acceso a dicha puerta desde la plaza de la Seo, o la de Caballeros, que cumplía similar función respecto a la de Quarte. Asimismo, una calle eje muy representativa en el paisaje urbano de Valencia era la de San Vicente, que en Wijn-gaerde aparece como una prolongación hacia el sur de la de Serranos, como un

sector de la antigua vía Augusta, pero que en es una simplificación de la vista del famoso paisajista holandés.

Figura 7. La trama urbana de Valencia en el siglo XVI en tres imágenes del mapa de Fancelli de 1608. *Derecha arriba:* la plaza del Mercado con el patíbulo en el centro. *Abajo:* la plaza de la Seo con la catedral. *Izquierda:* la calle de San Vicente trazada sobre un sector de la primitiva Vía Augusta. Obsérvese la estructura del plano, tanto más regular cuanto más próximo a la muralla, es decir cuanto más moderno.



5.3 Los grupos y clases sociales y su distribución urbana

Como corresponde a una ciudad en la que confluía la capitalidad de un reino y el esplendor económico y social, la Valencia de finales del siglo XV era *ciudad de mucha aristocracia que se siente atraída por todas las maravillas*, como decía Jouvin y lo reafirmaba Popielovo unos años después: *está mucho mejor y con más lujo adornada que cualquier otra ciudad del Rey en todos sus dominios, por esta razón mucha nobleza reside y vive allí*. Por eso, los linajes muy representativos del reino tenían vivienda o palacio en Valencia, como era el caso de los Catalá-Valeriola, Escrivá, Boil, Almirante de Aragón, Duque de Gandía, Mompalau, Perellós, Centelles, etc. La mayor parte de esta nobleza vivía en los barrios de San Nicolás y Santa María y en menor medida en la parroquia de San Lorenzo y El Salvador. También había algunos casos de familias aristocráticas que vivían fuera del casco urbano, como los Duques de Segorbe y los Villaragut, etc. Además de un numeroso grupo de hidalgos, caballeros y nobleza de segundo orden.

En los mismos barrios y parroquias que la nobleza vivían también la mayoría de los representantes del clero, sobre todo los del alto clero, que proce-

dían de aquella. Lo mismo podría decirse de los altos funcionarios y del patriado urbano. Barrios típicamente burgueses eran los de las parroquias de San Martín, San Esteban y San Andrés. En Santo Tomás, en Santa María y en San Andrés vivían muchos profesionales liberales y funcionarios. Los barrios populares y de actividad gremial eran los de Santa Catalina, San Miguel, Santa Cruz y San Martín. El comercio predominaba en San Juan y había algunas familias de campesinos dentro del recinto urbano en las parroquias de San Martín, San Agustín, San Andrés y San Esteban, además de los barrios extramuros, como Campanar, Patraix, Benimaclet y Ruzafa cuyo núcleo era la parroquia de San Valero.

CUADRO III

Distribución socioeconómica de la población de las parroquias de Valencia

Parroquias	Referente urbano	Clase social predominante.	Tributo/Persona Media 1513-1552
Sta. María-Catedral.	Pla. Almoyna.	Nobleza, Clero, Funcionarios.	17,6
S. Martín.	C/ San Vicent.	Burgueses, Labradores, Artesanos.	9,12
Sta. Catalina.	Cerca de la Lonja.	Artesanos.	18,2
S. Nicolás.	C/ Caballeros.	Nobleza, Clero,.	19,5
S. Bartolomé.	C/ Serranos.	Comercio, Funcionarios.	7,6
S. Lorenzo.	C/ Navellos.	Nobleza, Clero.	6,4
El Salvador.	C/ Trinitarios.	Nobleza, Clero.	5,5
S. Esteban.	Junto El Amodí.	Burgueses, Labradores.	6,9
Sto. Tomás.	Junto la Judería.	Funcionarios, banqueros.	10,1
S. Andrés.	Junto Universidad.	Burgueses, Labradores, Funcionarios.	6,8
Sta. Cruz.	Barri del Carmen.	Artesanos.	7,9
S. Joan del Mercat.	Mercado.	Comercio.	11,8
S. Valero.	Ruzafa. Extramuros.	Labradores.	7,1

Las minorías constituían un sector esencial en la Valencia del Quinientos. La población musulmana, que se había quedado en la ciudad después de la conquista cristiana, habitaba en la morería que se encontraba entre calles Alta y Baja del Barrio del Carmen y limitada por la calle Quarte. Estaba rodeada por una muralla propia de escasa envergadura que en algunos sectores se correspondía con la vieja muralla árabe del siglo XI. En este sector del viejo

muro se abrió en 1400 el llamado Portal de Valldigna, que era el acceso principal de la Morería, llamada así porque en sus proximidades se encontraba la casa del abad del Monasterio de Valldigna en la capital del reino. Cerca de dicha puerta se encontraba también la primera imprenta de la Península Ibérica y también donde, según la tradición, tuvo lugar el suceso vivido por el padre Jofré para fundar el primer manicomio del mundo.



Figura 8. **Cuatro edificios emblemáticos de la Valencia de los siglos xv-xvi.** Arriba izquierda: salón columnario de la Lonja. Centro: patio central del Palacio de Malferrit en la calle Caballeros. Derecha: otros dos edificios desaparecidos a lo largo del siglo xix. Arriba: la Casa de la Ciudad que se levantaba al lado del Palacio de la Generalitat. Abajo: el Palacio Real, que se encontraba extramuros en los actuales Jardines de Viveros, en una imagen del siglo xviii.



Además, la Morería de Valencia disponía de una mezquita propia, transformada en iglesia tras la expulsión definitiva y tuvo siempre, hasta dicha expulsión, cierta autonomía de funcionamiento gracias a que estaba bajo la protección de la Corona.

En sus proximidades se encontraba también otro barrio característico de toda gran ciudad, en todo tiempo: la Mancebía. Pero en el caso de la Valencia de los siglos xv y xvi, este barrio tenía una especial relevancia, por ser uno de los más importantes de toda Europa, como señalaba Henri Cock, en 1585: *Hay en Valencia al igual que en toda España, pero aquí más atractivo, un famoso lugar con hembras dedicadas al placer público, un barrio de la ciudad donde esa vida se ejerce con toda libertad. Hay un refrán español que dice rufián cordobés y puta valenciana.* El mismo Cervantes en el Quijote se refiere a este famoso barrio, entre otros lugares similares de distintas ciudades españolas:

Percheles de Málaga, *Compás* de Sevilla, *Rondilla* de Granada, y sobre todo, *Olivera* de Valencia.

Varias razones pueden explicar este hecho, como era el importante tráfico comercial y marítimo que generaba una numerosa población flotante y las buenas condiciones climáticas de la ciudad, lo que favorecía un ambiente lúdico hasta altas horas de la noche, que también llamó de algunos viajeros extranjeros, como Münzer en 1494: *Es también su costumbre el pasear tarde por las calles hasta bien entrada la noche, hombres y mujeres en tal cantidad que parece una feria. Y sin embargo nadie es ofendido por otro [...] así mismo, las tiendas de comestibles están abiertas hasta bien entrada la noche, de forma que a cualquier hora puedes comprar de todo.*

Desde mediados del siglo xv estaba rodeada por un muro con una sola puerta de entrada, para controlar con más facilidad las entradas y salidas y evitar las peleas y conflictos entre clientes y trabajadores y otros habitantes del barrio, a los que Juan II declaró bajo la protección real. Pero lo fundamental de la mancebía valenciana, llamada de muchas formas: «Pobla de les Males Dones» o «de les fembres pecadrius», o simplemente «ell bordell», era su organización y su control por la autoridad que incluía la vigilancia sanitaria y la protección de las prostitutas que quisieran abandonar la profesión.

Muy diferente eran las circunstancias y condiciones del barrio judío, no sólo por las funciones que desempeñaba en el conjunto urbano, sino por las peculiaridades y avatares de la población que allí habitaba. La Judería de Valencia se encontraba al Este de la primitiva muralla árabe y comprendía la casi totalidad del espacio comprendido hasta el trazado del nuevo recinto amurallado, en el que se abría una puerta conocida precisamente como «Portal dels Jueus». Su eje central era la calle del Mar, una de las principales de la ciudad, que articulaba un dédalo de callejuelas, con lugares emblemáticos como el Torno viejo de Sta. Tecla, la plaza de la Higuera y la de Vilarrasa, entre otras.

Esas plazas y calles, esos edificios públicos y privados, casas, tiendas y mercados constituían el escenario de vida de la población valenciana en el tránsito de la Edad Media a la Moderna, especialmente de la comunidad judía, plenamente integrada en aquella, hasta que los acontecimientos políticos e ideológicos terminaron por arruinar la convivencia. Hasta entonces la Judería de Valencia era el lugar donde convivían mercaderes, como la familia de Luis Vives, banqueros como Luis de Santangel, médicos como Luis Alcanyís, el primer catedrático de Medicina de la Universidad de Valencia, que murió en la hoguera en 1506. El mismo destino sufrió el padre de Luis Vives y varios miembros de su familia años después. Por el contrario, Luis de Santángel re-

cibió de los Reyes Católicos un certificado de pureza de sangre, sin duda por su conocida contribución económica al Descubrimiento, que le mantuvo a salvo de la Inquisición.

Por ello, el padre de Vives, como previendo la represión antisemita desencadenada en toda España tras el Edicto de Expulsión de los Reyes Católicos de 1492, promulgado el mismo año en que había nacido su hijo, le envió a París para continuar en la Sorbona los estudios que había iniciado en la Universidad de su ciudad natal. Luego, una vez doctorado pasó a Brujas y más tarde a Inglaterra, como es suficientemente conocido. En cierto modo Luis Vives siguió, en su periplo por el continente, el mismo camino que el centro neurálgico de la economía europea, que como hemos visto pasó del Mediterráneo al Atlántico por esas mismas fechas, aunque evidentemente por otras razones.

Vives no volvió nunca a Valencia, incluso rechazó la oferta de enseñar en Alcalá de Henares por temor a la Inquisición, por eso resulta mucho más revelador el recuerdo entrañable que guardó de la ciudad de su niñez y adolescencia y que conservó vivo hasta poco antes de su muerte en 1540. Dos años antes se había publicado en Basilea su última obra: los *Exercitatio linguae latinae* (Ejercicios de lengua latina) conocidos vulgarmente como los «Diálogos escolares». El que lleva el número veintidós titulado *Leges Ludi* (Las leyes del juego) está dedicado a Valencia. En él, dos personajes, Centellas y Cabanillas, apellidos típicamente valencianos, dialogan paseando por el centro de la ciudad, por las mismas calles que el escritor recordaba de su juventud: *¿Quieres por ventura que vayamos calle derecha por la plaza de la Higuera y por la de Santa Tecla?* dice Cabanillas a Centellas, que le contesta: *No, iremos por la calle de la Taberna del Gallo, que quiero ver la casa donde nació mi amigo Vives, la que, según tengo oído, está bajando la calle a lo último y a mano izquierda; así visitaré a sus hermanas.*



Figura 9. Los barrios y las minorías. *Izquierda:* la Mancebía de Valencia fue famosa en toda España. *Arriba:* gárgola en la catedral alusiva al tema y abajo los límites del barrio sobre el mapa de Mancelli. *Centro y derecha:* dos restos de la Morería: el Portal de Valldigna y un torreón de la vieja muralla árabe rodeados de edificios posteriores. *Abajo derecha:* busto e inscripción de Luis Vives, el más ilustre hijo de la Judería de Valencia, donde estuvo situada su casa natalicia.

Ambos personajes pasean por delante de San Juan del Hospital hacia la calle del Mar, hacia donde se encontraba la casa de Vives, hoy desaparecida, entonces en la calle Torno Viejo de Sta. Tecla, en la parroquia de San Martín. Más adelante llegan al mercado que Centellas describe con admiración: ¡Qué mercado tan grande! ¡Qué buen orden y distribución de vendedores y *merca-derías!* ¡Qué olor el de estas frutas! ¡Qué variedad, cuánta hermosura y qué grande aseo! *No hay huertos iguales a los que abastecen la ciudad, ni diligencia que iguale a la del almotacén y sus ministros para que nadie engañe al comprador. ¿Es Honorato Juan aquel que va en la mula?*².

La mayoría de las citas que hace Vives en sus Diálogos son lugares de dicha Judería, que él conoció bien por haberlos vivido de niño y adolescente, próximos también al lugar donde se fundó la Universidad de sus primeros es-

² Honorato Juan Tristull, humanista nacido en Valencia y educado en Lovaina por Luis Vives, con el que mantuvo una buena amistad a lo largo de su vida. Honorato Juan fue preceptor del futuro Felipe II, de su hijo el príncipe Carlos y posteriormente consagrado obispo de Osma.

tudios. La Taberna del Gallo que cita Vives, era en realidad la Taberna *del Call*, es decir de la judería en valenciano, que al castellanizarse había cambiado de sentido.

Con el citado Edicto de 1492 la Judería dejó de existir como unidad administrativa, aunque sus habitantes, conversos o judaizantes, siguieron viviendo en sus mismas casas, en la Parroquia de Santo Tomás. Más adelante, la dureza de la represión, sobre todo tras el Auto de Fe de 1526, donde murió el mismo padre de Vives, les dispersó por toda la ciudad.



Figura 10. Las Germanías y el fin de una época. Retrato de Germana de Foix, segunda mujer de Fernando el Católico, que tras la Guerra de las Germanías fue virreina de Valencia, junto a su segundo marido, el duque de Calabria, responsables de la dura represión sobre los sublevados y del apoyo a la nobleza que supusieron el principio del fin de toda una época.

6. EL FIN DE UNA ÉPOCA: LA CRISIS DE LA GERMANÍAS

Todos estos acontecimientos indican que algo estaba cambiando y el esplendor del «siglo de oro valenciano» tocaba a su fin. No deja de ser una casualidad, pero una casualidad muy significativa, la coincidencia cronológica entre el viaje de Magallanes y Elcano con la sublevación y guerra de las Germanías, conflicto social provocado por las contradicciones existentes en el modelo de crecimiento y desarrollo económico de la Valencia de los siglos xv y xvi y que en síntesis puede resumirse en dos circunstancias: la gran desigualdad en la distribución de los beneficios del crecimiento económico generado en la ciudad y, a la vez, la exclusión de las clases populares del gobierno municipal, lo que dio lugar a unas élites oligárquicas y endogámicas que monopolizaban el poder. Junto a ello, la prepotencia nobiliaria, la corrupción administrativa de los grandes municipios y las tensiones en el campesinado.

La deuda municipal de los censales fue una importante reivindicación agermanada, tanto en Valencia como en Mallorca.

En efecto, la flota de cinco naves, comandada por Magallanes, que pretendía establecer la ruta occidental de las especias, partió de Sanlúcar de Barrameda el 20 de septiembre de 1519, el mismo puerto al que, casi tres años después, regresó una sola y maltrecha nao, la Victoria, al mando del Elcano, el 6 de septiembre de 1522. En los dos meses anteriores a que la flota de Magallanes se hiciera a la mar, una epidemia de peste assolaba la costa valenciana provocando la huida de la nobleza y de los dirigentes de la ciudad para evitar el contagio. Ante el abandono de sus cargos y obligaciones por parte de las élites privilegiadas, los grupos populares y gremiales, agrupados en «germanías» (hermandades) asumieron el gobierno de la ciudad y plantearon una serie de reivindicaciones que fueron paulatinamente radicalizándose.

Así, en noviembre de ese mismo año, los agermanados establecen una junta de gobierno, la *Junta de los Trece*, un representante por cada gremio, que hace valer un privilegio del Rey Católico que permitía a los gremios formar milicias armadas para defenderse de la piratería berberisca. Gracias a este incipiente ejército, los agermanados derrotan al virrey Diego Hurtado de Mendoza, con lo que la sublevación se extiende por todo el reino y se convierte también en una guerra contra los musulmanes, a los que se acusa de colaborar con la nobleza, con el asalto a la morería de Valencia. En estas circunstancias, la muerte del moderado Juan Llorens entrega el poder a los más radicales, capitaneados por Vicente Peris, que organiza saqueos de propiedades de los nobles en la Huerta y otras tierras del reino.

En noviembre de 1520, tras descubrir el paso del Suroeste, es decir el estrecho que lleva su nombre, Magallanes navega por el Pacífico rumbo a las especias, encontrando su muerte en la batalla de Mactán, el 27 de abril de 1521. A la vez, en el otro extremo del mundo, los agermanados van perdiendo posiciones ante las milicias de los nobles y el ejército real. El 3 de marzo de 1522 las tropas leales a Carlos V entran en Valencia, ejecutando al cabecilla Vicente Peris. La escasa resistencia que los agermanados ofrecen en algunas poblaciones del reino, acaudillados por un misterioso personaje, «el Encubierto» al que la leyenda atribuía ser el príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos, termina con el asesinato de este, en Mayo de 1522, cuando faltaban poco más de tres meses para que la nao Victoria con Elcano y otros diecisiete maltrechos supervivientes arribara a Sanlúcar de Barrameda.

Al año siguiente es nombrada virreina de Valencia, Germana de Foix segunda esposa de Fernando el Católico que, junto a su tercer esposo el duque de Calabria inició una dura represión contra los sublevados, a la vez que con-

virtió el Palacio Real de Valencia en la sede de una fastuosa corte. Aparte de las ejecuciones, Germana impuso duras multas a los simpatizantes de la rebelión agermanada y apoyó su gobierno autoritario en la nobleza a la que devolvió sus privilegios y muchas de las tierras incautadas, acentuando así un proceso de feudalización del campo que terminó arruinando la prosperidad de la ciudad y de su reino. La crisis se fue acentuando a lo largo del siglo XVI para culminar en 1609 con la expulsión de los moriscos, que arruinó en este caso a la aristocracia terrateniente, que perdió su mano de obra barata, iniciándose así un periodo de contracción de la coyuntura que culminaría con la definitiva bancarrota de la Taula de Canvis en 1613, la institución que había representado el auge mercantil de la Valencia de los dos siglos anteriores. Pero eso es ya otra historia.

BILIOGRAFÍA

- ALIAGA GIRBES, J. (1972): *Los tributos e impuestos valencianos en el siglo XVI*. Roma. Instituto Español de Historia Eclesiástica, 1972. 350 pp.
- AMIN, S. y YACHIR, F. (1989): *El Mediterráneo en el Mundo. La aventura de la transnacionalización*. Madrid. IEPALA. Editorial. 166 pp.
- ARROYO ILERA, F. (1986): «Población y poblamiento en la Huerta de Valencia a fines de la Edad Media», en *Cuadernos de Geografía*. 39-40. pp. 125-155.
- (1998): «Las relaciones geográficas y el conocimiento del territorio en tiempos de Felipe II», en *Estudios Geográficos* LIX. pp. 169-200.
- (2005): «Territorio, espacio y sociedad en tiempos de Cervantes», en *Bol. Real Sociedad Geográfica*. Tomo CXLI. pp. 33-74.
- ARROYO ILERA, R. (1970): «Comercio de exportación de Valencia con Italia y Berbería a fines del siglo XIV», *VIII Congreso Historia de la Corona de Aragón*. Valencia. Tomo II vol. III. p. 272.
- BENÉVOLO, L., (1993): *La ciudad europea*. Barcelona. Crítica. 260 pp.
- BELENGUER CEBRIÁ, E. (1975): *Valencia en la crisis del segle XV*. Barcelona, Editorial 62. 380 pp.
- BOIRA MAIQUES, J. V. (1992): *La ciudad de Valencia y su imagen pública*. Valencia. Universitat de Valencia. Dpto. de Geografía. 206 pp.
- BRAUDEL, F., (1987): *El mediterráneo*. Madrid. Espasa Calpe, Col Austral. 310 pp.
- CABANES PECOURT, M.^a D. (2008): *Avecindados en la ciudad de Valencia en la época medieval. «Avehinaments» (1308-1478)*. Valencia. Ajuntament de Valencia, Serv. Publicacions. 525 pp.
- CÁMARA, A. (2008). «La ciudad en la Literatura del Siglo de Oro», en *Anales de Historia del Arte* Volumen Extraordinario. pp. 121-133.

- CARANDE, R. (1983): *Carlos V y sus banqueros*. (Ed. abreviada). Barcelona. Crítica, dos volúmenes. 592 + 351 pp.
- CASAS TORRES, J. M. (1944): *La vivienda y los núcleos de población de la Huerta de Valencia*. Madrid. Ins. Juan Sebastián Elcano (CSIC). 328 pp.
- CISCAR PALLARÉS, E., y GARCIA CÀRCEL, R. (1974): *Moriscos i agermanats*. Valencia. Editorial L'Estel, 191 pp.
- CRUSELLES GÓMEZ, E. (1999): «La población de la ciudad de Valencia en los siglos XIV y XV». *Revista d'Historia Medieval*, núm. 10. pp. 45-84.
- FELIPO ORTS, A. (2002): *La oligarquía municipal de la ciudad de Valencia: de las Germanías a la Insaculación*. Valencia: Institució Alfons el Magnanim. 379 pp.
- FERRER VALLS, T. (2007): «Corte virreinal, humanismo y cultura nobiliaria en la Valencia del siglo XVI», en *Reino y ciudad: Valencia en su historia*. Madrid: Fundación Caja Madrid. pp. 185-200.
- FORES, A., y GELABERT, J. (2004): *España en tiempos del Quijote*. Madrid. Taurus. 480 pp.
- FURIÓ, A. (ed.) (1985): *Valencia, un mercat medieval*. Valencia. Servicio publicaciones de la Dip. Provincial. 326 pp.
- GARCÍA CÀRCEL, R. (1975): «Notas sobre población y urbanismo en la Valencia del siglo XVI», en *Saitabi*. 25. pp. 134-153
- (1976) «El censo de 1510 y la población valenciana de la primera mitad del siglo XVI», en *Cuadernos de Geografía*, 18. pp. 49-66.
- (1981): *Les germanies de Valencia*. Barcelona: Ediciones 61, 1981.
- GARCÍA MERCADAL, J. (1999): *Viajes de extranjeros por España y Portugal desde los tiempos más remotos hasta comienzos del siglo XX*. 6 vols. Valladolid. Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura.
- GIMÉNEZ LÓPEZ, E. (1988): «Dos décadas de estudios sobre el comercio valenciano en la Edad Moderna». *Revista de Historia Moderna*. Alicante: Universidad de Alicante. Departamento de Historia Medieval, Historia Moderna y Ciencias y Técnicas Historiográficas, núms. 6-7.
- GLICK, TH. (1970): *Irrigation and society in Medieval Valencia*. Cambridge (Massch). 386 pp.
- GÓMEZ BAYARRI, J. V. (2001): «El esplendor de la Valencia del siglo XV», en *Ciclo de Conferencias Instituto Luis Vives de Valencia*. Valencia, 2004. 25 pp.
- GUICCIARDINI, F. (2018): *Diario di viaggio in Spagna (1512)*. Createspace Independent Publishing Platform. 28 pp.
- HALPERIN DONGHI, T. (1980): *Un conflicto nacional. Moriscos y cristianos viejos en Valencia*. Valencia. Artes Gráficas Soler. 323 pp.
- HOUSTON, J. M. (1957): «Geografía urbana de Valencia. El desarrollo regional de una ciudad de Huerta», en *Estudios Geográficos*. 66. pp. 151-168.
- KAGAN R. L. (Dir.) (1986). *Ciudades del Siglo de Oro: las vistas españolas de Anton Van der Wyngaerde*. Madrid: Ediciones El Viso. 432 pp.

- LINKE, J. (1878): *Viaje de extranjeros por España y Portugal*. Madrid. Imp. de Medina. 270 pp. Ed. facsímil. Librería París-Valencia. Valencia, 1996.
- LÓPEZ GÓMEZ, A. (1962): «Conurbaciones agrarias de la huerta de Valencia», en *Saitabi* 12. pp. 213-237.
- LLOP CATALÁ, M. (1972): *Un aspecto económico de la Valencia del siglo xvi: los salarios*. Valencia: Ayuntamiento de Valencia.
- LLOPIS ALONSO, A. y PERDIGÓN FERNÁNDEZ, L. (2016): *Cartografía histórica de la ciudad de Valencia (1608-1944)*. Valencia, Universidad Politécnica. 234 pp.+USB
- MARÍAS, F. (2000): F.: «La arquitectura de la ciudad de Valencia en la encrucijada del siglo xv: Lo moderno, lo antiguo y lo romano», en *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte*. UAM. Vol. XII. pp. 25-38.
- MÜNZER, J. (1991): *Viaje por España y Portugal (1494-1495)*. Madrid. Ed. Polifemo. 328 pp.
- NAVAGERO, A. (1983): *Viaje por España (1524-1526)*. Madrid. Turner. 144 pp.
- PONS FUSTER, F. (2003): *Erasmistas, mecenas y humanistas en la cultura valenciana de la primera mitad del siglo xvi*. Valencia: Institució Alfons le Magnani.
- REGLÁ CAMPISTOL, J. (1974): *Estudios sobre los moriscos*. Barcelona. Ariel, 257 pp.
- RODRIGO PERTEGÁS, J. (1923): «La urbe valenciana en el siglo xiv», en *Tercer Congreso de Historia de la Corona de Aragón*. Valencia. Vol. 1. pp. 279-374.
- ROSSELLÓ VERGER, V. M.^a (1984): *55 ciudades valencianas*. Valencia. Secretariado de Publicaciones de la Universidad. 288 pp.
- (Dir.) (1990): *Les vistes valencianes d'Anthonie van den Wijngaerde (1563)*. Valencia. Generalitat Valenciana. Conselleria de Cultura, Educació y Ciencia. 364 pp.
- ROSSELLÓ VERGER, V. M.^a y ESTEBÁN CHAPAPRÍA, J. (2000): *La fachada septentrional de la ciudad de Valencia*. Valencia, Bancaja. 152 pp.
- RUBIO VELA, A. (1995): «La población de Valencia en la baja Edad Media», *Hispania*, 190. pp. 495-525.
- SALVADOR ESTEBAN, E. (2003): «Avecindados en Valencia (1479-1611). Estado de la cuestión», en *Saitabi*, 53. pp. 57-72.
- SANCHIS GUARNER, M. (1976): *La ciutat de València. Síntesi d'Historia i de Geografia urbana*. Valencia, Albatros. 602 pp.
- SANTAMARÍA, A. (1992): «La demografía en el contexto de Valencia. Siglo xv», en *Medievalia*. núm. 10, pp. 363-386.
- SERRA DESFILIS A. (1991): «La belleza de la ciudad: el urbanismo en Valencia, 1350-1410», en *Ars longa: cuadernos de arte*, núm. 2, pp. 73-80.
- SEVILLANO COLÓN, F. (1957): *Valencia urbana medieval a través del oficio de mustaçaf*, Valencia. Institución Alfonso el Magnánimo. 1937; 425 pp.
- TEIXIDOR DE OTTO, M.^a J. (1976): *Funciones y desarrollo urbano de Valencia*. Valencia. Institución Alfonso el Magnánimo. 448 pp.

RESUMEN

VALENCIA Y EL MEDITERRÁNEO DURANTE LA PRIMERA VUELTA AL MUNDO

A lo largo del siglo xv y en las primeras décadas del xvi, Valencia fue una de las más importantes ciudades del Mediterráneo occidental y también de la Península Ibérica. La expansión de la Corona Aragonesa por el Mediterráneo, los contactos con Italia y el comercio con Oriente supusieron para esta ciudad una de las etapas más esplendorosas de su Historia, hasta el punto de que muchos autores se refieren a este periodo como el «Siglo de Oro valenciano». Junto al desarrollo económico y demográfico, tuvo lugar el esplendor artístico y cultural y la expansión urbana, sobre todo durante el reinado de Alfonso V el Magnánimo (1416-1458). La toma de Constantinopla por los turcos (1453) desvió las rutas comerciales hacia el Atlántico y significó el comienzo del fin de ese esplendor mediterráneo, que se agravó en el siglo siguiente, con la Guerra de las Germanías, que tuvo lugar casi a la vez que Elcano completaba la primera vuelta al mundo (1519-1522).

Palabras clave: Valencia. Ciudades renacentistas. Rutas comerciales. Urbanismo histórico.

ABSTRACT

VALENCIA AND THE MEDITERRANEAN SEA DURING THE FIRST VOYAGE
ROUND THE WORLD

Throughout the 15th and first decades of the 16th centuries, Valencia was one of the most important cities along the Mediterranean Sea and within the Iberian Peninsula.

The expansion of the Crown of Aragon along the Mediterranean, the contacts with Italy and the trade with the East meant that this period was regarded as the Valencian Golden Age.

Together with the economic and demographic development, artistic, cultural and urban expansion took place, mainly during the reign of Alfonso the fifth, known as the Magnanimous (1416-1458).

The siege and fall of Constantinople by the Turks (1453) rerouted trade through the Atlantic Ocean which meant the end of the weight of the Mediterranean. During the following century, the War of Germanias which coincided with Elcano's first voyage round the world (1519-1522) only made things worse.

Key words: Valencia, Renaissance cities, Trading Routes, Urbanism.